

DIALOGO CON FERNANDO DE LOS RIOS

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

Las clases directoras económicas de España han labrado su ruina definitiva. Son ellas las que han iniciado la Revolución Española.

El pueblo español ha sufrido muchos siglos de humillación, pero ahora se ha levantado, seguro de la victoria final.

En la zona que domina ese pueblo, ya no hay analfabetismo, y esta es una de las obras que ha podido realizar el Gobierno de la República, haciendo que una explosión espiritual sacuda al pueblo, enamorándolo con los valores de la cultura.

Pocas veces ha habido en la Historia, como en el caso actual de España, un fenómeno como el que ofrece la democracia social, ya reflejada en el ejército del pueblo, elevado plenamente a categoría de grandeza histórica.

Ratifico mi fe profunda en la victoria de ese pueblo. El Estado que se derrumbó al momento de la rebelión de julio, ha vuelto a resurgir, seguro de sí mismo, capaz de crear una grande España.

Mi entrevista reciente con el Embajador de España en Washington, Dr. Fernando de los Ríos, queda compendiada en los conceptos que preceden y aunque se trata de uno de los humanistas insignes que son gloria de nuestro idioma, no era posible que esa entrevista girase en torno de otros temas que los que durante ella se desarrollaron, ya que la tragedia española obliga ineludiblemente a pensar en ella, sobre todo a los universitarios que consideran que la cultura está seriamente comprometida en un mundo que la violencia conmueve, como acaso nunca antes en la Historia. Estas declaraciones, que el ilustre Maestro se ha dignado hacerme, las entrego como un mejor mensaje y a la vez como una reiteración de su fe inmovible en la democracia.

De los Ríos me recibe en su oficina de la Embajada. Lo encuentro el mismo a quien había tratado cuando vino a México en calidad de catedrático extraordinario de la Universidad Nacional, para tomar parte en uno de aquellos memorables ciclos de conferencias que organizara el Instituto Hispano-Mexicano, que nos trajo a Pío y Ortega, Américo Castro, Blas Cabrera, Salvador de Madariaga, Tello, Díez-Canedo.

—En México le recordamos continuamente, don Fernando.

—Inolvidables días los que pasé en esa tierra inolvidable—, me dice, estremeciéndose de la sonrisa e iluminándosele la barba con un sobrio resplandor.

En tan cordial atmósfera, en la que parecen entremezclarse luces y sombras de España y México—mientras el mediodía hace resplandecer los azulejos del patio que con reminiscencias andaluzas pone un brillo solariego y evocativo en un rincón tan distante de España—nuestra conversación se va complicando de augurios, de recuerdos, de palabras que se atropellan en un racimo de añoranzas. Pone él toda su cálida vivacidad en el diálogo y yo toda mi atención, porque a ratos el discurso no se le puede contener, y le veo transfigurarse, gran señor de calidades antiguas y de cultura perfecta, tan europeo y tan reciamente español, que el momento es para mí único y quisiera retenerlo, estereotiparlo con todo su significado profundo. Habla don Fernando con la maestría consumada con que hace años

se dirigía a nosotros en el aula universitaria, disertando sobre problemas y realidades de la España eterna, y en la media hora que dura el diálogo, he podido darme cuenta, a pesar de mi contenida emoción, que soy yo el más atento de sus discípulos, el más inoportuno de sus interlocutores, ya que el momento español no está para distraer el tiempo tan precioso de que este gran español dispone, absorbido como se halla por abrumadores pensamientos y por responsabilidades solemnes. Me doy cuenta, a pesar de que mi tiempo está circunscrito por las circunstancias, de que De los Ríos ha entrado en esa augusta luz del otoño, que lo sitúa paralelamente, por su sencilla majestad, a los otros grandes de España (esos sí que eran grandes), como don Francisco Giner, como Cossío.

—Puedo afirmarle—le digo—que en México hay ahora un interés al segundo por lo que está sucediendo en España. Creemos que es la hora de España, en que se cruzan los destinos. La hora de América, también.

Y sin que me perturben mis opiniones, tratando de presentarle sólo un panorama de la opinión de los universitarios de México frente al drama español, procurando ceñirme a la imparcialidad, le reitero lo que él ya sabrá por fuentes de abundante información, por los periódicos mexicanos, especialmente.

A pesar de que el amplio edificio de la Embajada está henchido de labores extraordinarias, un ambiente quieto nos circunda, a pesar de que el teletipo está funcionando en un ángulo, con ritmo isócrono, como un corazón al que se le puede tomar íntimamente el pulso. Desde la antesala me ha dado cuenta del tráfago, en que repercuten las voces que van llegando, escalonadas, a través de los mensajeros del telégrafo, pues la hora en que he tenido el encanto de hacer esta visita, es una de esas que en Washington nos dan mejor idea de aquel reloj de fábula que en la novela ecadequeiriana hace vibrar tranquilamente las horas de todas las metrópolis.

De los Ríos me escucha. Le hago notar que León Felipe fue profesor dos meses antes de la rebelión de Franco, cuando me hizo declaraciones históricas que pude recoger en las páginas de "Universidad".

—La Revolución Española no ha terminado—me dijo aquella vez el poeta—. Todavía hay algo que viene, que se le siente venir, pero el pueblo español sabrá triunfar. León Felipe, como todo gran poeta, fue un vidente. Acabábamos de comentar una de las páginas más admirables de Menéndez Pidal, sobre la Historia de España.

Y después de referirme a las diversas declaraciones que él ha hecho a la prensa de los Estados Unidos, reafirmando su fe en ese triunfo, De los Ríos no se inmuta cuando le hago esta pregunta:

—¿Y podría usted decirme, cuál es el estado actual de España?

Varios segundos de silencio preceden a su contestación. Don Fernando se anima, acaso siente dentro de sí el diablo azul que era el inevitable interlocutor de Gambetta. Y, de súbito, organiza sus pensamientos, y yo me quedo absorto siguiendo fielmente el zig-zag de sus afirmaciones:

—La situación en España creo que podría decirse que es la siguiente. Después de haberse hundido la estructura del Estado que estaba en pie y que fue la que sufrió el embate y la acometida el 18, 19 y 20 de julio de 1936, después de haberse efectuado un derrumbamiento completo de toda la estructura del Estado, ejército, policía, órganos de autoridad y órganos administrativos, todo quedó absolutamente pulverizado y deshecho, a tal punto que el Gobierno no tenía ni órganos de control fiscal para recaudar tributos, ni órganos con qué imponer el orden material.

—Entonces, quiere decir que la situación fue más grave de lo que comunicaron las noticias sobre la rebelión...

—Todo lo habían deshecho los que se sublevaron. El hecho es tan original, que yo me atrevo a decir, con responsabilidad de profesor, que en este instante es un caso totalmente nuevo en la Historia.

—¡Una verdadera revolución!

—Es una revolución iniciada por las clases directoras y no iniciada por las clases dirigentes. Es una revolución iniciada por la aristocracia, la jerarquía eclesiástica, el ejército y los grandes terratenientes e industriales. Ahora bien, sólo es posible pensar que desencadenaron un movimiento de tal naturaleza, porque creyeron en su inmediato triunfo, no porque, como ha ocurrido a causa de haber pasado mucho tiempo, creyeran ellos que un movimiento de esa naturaleza iba a obligarles a la postre a

una guerra tal que significa para ellas el *karakiri*. Las clases directoras económicas de España han labrado su ruina total. Cualquiera que conozca la estructura de la economía en España, podrá darse cuenta de que no pueden seguirse pagando rentas urbanas de la cuantía de las que se pagaban, ni rentas territoriales, como las que se cobraban. En cambio, el salario vital que se necesita para mantener una familia no podrá menos de seguir existiendo y de allí para arriba, porque una economía no se hunde sino en la medida que logra la cooperación en el esfuerzo, para no hundirse, de todos los elementos productores.

—De suerte que se derrumbó el Estado.

—Y ese derrumbamiento se produjo por la iniciativa de unas clases directoras y la situación en que se encontraba el Gobierno era ésta: o entregarse o armar al pueblo. Pero tuvo la intuición histórica de que su deber era armar al pueblo. Y armado el pueblo, surgía este gran problema: en una revolución que estaba marchando no había órganos de control y la conciencia pública actuaba conforme a sus dictados: un pueblo que había sufrido siglos, siglos de persecución, desgraciadamente hacía cosas que todos, todos, lamentamos en lo más hondo de nuestra alma, pero que hay que comprenderlas sin justificarlas y que podríamos considerar como hijas del sentimiento de rencor por los vejámenes y las persecuciones sufridas. El problema del Gobierno era sostener la guerra y contener la acción del ejército oficial; crear un nuevo aparato de Estado; crear un ejército que fuera capaz, primero, de parar, y segundo, de vencer al ejército faccioso. Y todo esto lo ha hecho el Gobierno español en el decurso de los veinte meses que han pasado. ¡Todo esto! Si hay alguien que pueda presentar un balance positivo a favor de un gobierno en circunstancias semejantes, como es el balance que puede presentar el Gobierno español, que levante la mano. ¡Yo no lo conozco!

—Nos ha llamado la atención de que en medio de la hecatombe aparezcan revistas como “Hora de España”.

—Pues en esos veinte meses, por si fuera poco, en esos veinte meses ha creado el Gobierno 9,000 escuelas públicas, sólo en nuestra zona. Ha enamorado al pueblo de tal suerte con la idea de la cultura, que detrás de cada trinchera, detrás de cada batallón, hay una escuela para los soldados que no sabían leer ni escribir y una biblioteca circulante para todos los soldados del batallón cuando se retiran de las trincheras a su descanso. Y ha creado bibliotecas culturales, y mediante esto, se ha logrado que aquel 45% de analfabetas, que, como regalo, nos entregó la Monarquía, hoy, en la zona leal, según el censo oficial de la República, prácticamente está liquidado el analfabetismo, y en 1937 han aprendido a leer y a escribir 75,000 soldados del ejército oficial.

—Hay, pues, derecho a creer que se trata de una verdadera renovación española.

—Pero, además, en este proceso de renovación de clases directivas que se está dando en la España leal, hay sociológicamente un hecho enteramente nuevo en Europa desde el siglo XVIII, que es lo que los sociólogos norteamericanos llaman “renovación vertical de capas sociales”; es decir, una renovación de abajo a arriba. Y se encuentra usted que hoy en España la coyuntura propicia ha hecho posible al hombre de talento, sea albañil o topógrafo, campesino o universitario, obrero calificado u hombre sin empleo, convertirse en jefe del ejército, organizador de un servicio, profesor, jefe de Estado Mayor y a todos ellos habiéndoles brindado propiamente la posibilidad de ir a unas escuelas, que son, unas veces, universidades de tipo nuevo con cursillos intensivos; otras veces, institutos con un programa concentrado en que, en un año, se les provee de la formación que antes requerían varios. Por eso halla usted antiguos panaderos o tipógrafos, pintores o topógrafos, como jefes de brigada, directores de empresas, sin que falte el que haya mostrado ser un hombre realmente de genialidad política... Y España da hoy una sensación de que está dirigida completamente por gente nueva, aún cuando no toda sea gente joven. Ese es un fenómeno de creación de nuevas clases sociales. Y esas clases sociales van a encontrar ahora facilidades, porque no solamente la coyuntura del momento, sino que la nueva organización que se está dando a la vida de la enseñanza, hará fácil el que constantemente vierta el mejor espíritu hacia los nuevos centros que se han organizado; porque ya no se necesita tener dinero, porque actualmente no sólo no pagan sus estudios, sino que se les abona una pensión con el fin de que puedan ayudar a su familia; de tal modo que no solamente ellos son beneficiados, sino que sus familiares están siendo sostenidos.

—Es esa una nueva forma de la democracia.

—Sí, ha surgido de aquí un fenómeno de la mayor importancia. Y es que por vez primera en España ha existido—y una de las pocas veces que ha existido en la Historia—una democracia social, real y viva, que se ha reflejado en el ejército. ¿Qué es el ejército en la hora actual en España? ¿Es un ejército de conscriptos, de gente forzada a ir? Visto legalmente, sí; analizado psicológicamente, no. La ley impone la obligación a todos de ir a la defensa de España; pero, felizmente, el Gobierno ha conquistado la voluntad, la conciencia y el corazón de todos los que van. Y van, no como forzados; van como voluntarios y soldados de una fe, soldados de un ideal que obra de dentro a afuera y no de una orden que viene de fuera a adentro. Es lo que le está dando esa maravillosa eficiencia y fuerza a un ejército formado inicialmente por milicianos sin entrenamiento y sin oficiales técnicos.

—Quiere usted decir que se ha creado una nueva técnica.

—En parte, la técnica ha sido creada; en parte, la madurez de la reflexión, el entusiasmo nacido de la convicción, de la grandeza moral y de la grandeza histórica de la causa que motiva la lucha, es lo que ha intensificado este enorme fortalecimiento de nuestro ejército. Eso es lo que hace hoy pensar en todas partes que no nos es imposible ya vencer, sino que es, por lo menos, lo probable, y yo diría lo seguro, que será la España liberal la victoriosa.

—La prensa ha hablado los últimos días de que hay toda una industria de guerra funcionando.

—Contando con ese entusiasmo de que le hablo, se ha hecho la transformación de toda industria en una industria de guerra. Hay una zona, que no tengo por qué determinarla, en que hay 284 factorías de guerra. Hoy fabricamos todas las municiones que necesitamos; casi todas las armas y de cierto tipo. Otras, todavía nos es preciso buscarlas fuera y las buscamos donde las hallamos. El Estado se ha rehecho: hay una administración de justicia; hay un orden; hay una policía; hay una administración fiscal, que ha superado la recaudación de 1936. Es decir, no solamente no se trata de rehuir mandatos fiscales o mandatos culturales, o de tipos moral o económico, de protección, sino que toda España está atenta y con la voluntad encaminada y puesta al servicio del máximo de lo que cada cual es capaz de hacer. Tal es la situación hoy, en este instante.

—No se puede, pues, dudar del triunfo final.

—No se puede. Nuestro ejército está haciendo ejercicios de elasticidad, atacando en tales y cuales puntos, adiestrándose en la ofensiva. Yo creo firmemente que hemos creado los órganos de la victoria.

De los Ríos habla con tal convicción, pone tal fervor en cada una de sus palabras, que considero hacer un paréntesis en nuestra charla aludiendo a la opinión pública de los Estados Unidos frente al drama de España.

—En mi rápida visita a Washington—le digo—he encontrado muchos libros publicados en este país en defensa del Gobierno de España.

—El interés de este pueblo crece por día. Yo me atrevería a decir, con la excepción, que lamento en el alma, como español y como hombre que no tiene sectarismo de ningún género, con la excepción, digo, de la Iglesia Católica, la opinión aquí nos es completamente favorable. Y lamento que sea una excepción la Iglesia Católica, porque creo que no ha cometido un error, desde hace muchísimo tiempo, comparable con el que ha cometido en España, poniéndose la jerarquía del lado de la rebelión con excepciones maravillosas, con excepciones para las que tengo no solamente respeto, sino admiración, como la del Arzobispo de Tarragona, señor Vidal y Barraquer, y con la de los grupos de sacerdotes, como las de los sacerdotes vascos, que han firmado una carta al Papa y una carta de protesta por el silencio que se ha observado durante el proceso de su trámite. Con estas excepciones, la Iglesia Católica ha estado con las armas en la mano, comprometiendo, por consiguiente, no sólo su presente, sino su futuro. Y esto es sumamente de lamentar, porque si la Iglesia Católica hubiera adoptado una actitud de reserva y una actitud netamente cristiana, no viendo sino hermanos que estaban desgraciadamente desgarrándose unos a otros el alma y el cuerpo en una lucha que a ellos, más que a nadie, les correspondía procurar dulcificar, si hubiera observado esa posición de reserva, de fuerza esencialmente moral, que con el tiempo hubiera podido ser llamada para jugar un papel en la gran obra que era preciso emprender, de suavizar asperezas, de rescatar del odio a las almas para infiltrarles un sentido de comprensión, de amor y de fraternidad; si hubiera ella adoptado esa posición y ante esa moral hubiera cumplido su misión, entonces todo lo que a España le espera, sería una tarea mucho más fácil de lo que va a ser.

La conversación toca a su término. A la verdad, no puede haber sido más sustanciosa, porque traduce a maravilla la posición ideológica de don Fernando de los Ríos y hace palpitar su optimismo en esta lucha de tan profunda historicidad. Traigo a cuento, ya despidiéndome, dos libros de poetas de América que han hecho su profesión de fe en España: en primer término "España en el corazón", que acaba de publicar Pablo Neruda, en Santiago de Chile, y en segundo "¡No pasarán!", de Octavio Paz. El Embajador, sin desentenderse de mi curiosidad por saber algo de la literatura que sobre la España leal se ha publicado en los Estados Unidos, elude mencionar nombres de autores:

—Son muchos. Y si hubiera de enumerarlos, tendría el temor de cometer una injusticia, por un olvido involuntario. Mejor me abstengo. Hay algunos de ellos, que son verdaderamente extraordinarios.

—Le agradezco esta media hora privilegiada—le digo tendiéndole la mano, y preguntándole cuándo le veremos de nuevo en México.

—Yo, qué deseo con toda mi alma reincorporarme a mi obra universitaria, no querría hacerlo sin antes ir a besar la tierra mexicana, para la que guardo un recuerdo de profundo amor.

IMPRESIONES DE VIAJE

PUEBLO EN DESGRACIA

Por FRANCISCO CURT LANGE

(Continúa)

Bolivia posee, desde luego, sus hombres en el campo de la cultura propia. No es el caso de discutir ahora hasta qué punto avanzaron hacia la independización espiritual de la población híbrida de la que ellos mismos forman parte. En un país de un porcentaje de cultura legítima tan escaso, no se debe, por cierto, emplear el mismo sistema de crítica que en aquellos que revelan un cierto equilibrio cultural. Tampoco se pretende, en este estudio, someter a un análisis concienzudo la producción íntegra de la sociología, artes, arqueología y estudios afines, realizada en Bolivia. Todo hombre que trabaja en un clima adverso a sus aspiraciones, y en aquel país hermano se respira por doquier un profundo aire de ignorancia, es digno de nuestro más decidido apoyo, especialmente cuando haya comprendido que es necesario, después de la adquisición de

una cultura sólida, la dedicación preferente a los problemas autóctonos. (8)

Queda fuera de discusión que ha sido la pintura la que señaló, antes que la literatura, el camino al conocimiento de la realidad indígena. Este proceso comenzó con un romanticismo enfermizo y ha adquirido, sin el menor contacto con los países vecinos, un conocimiento cada vez más definido de la psiquis india. En los antiguos territorios del *Tahuantinsuyo* se trabajó independientemente, y si contamos hoy, en el Ecuador, con pintores como Yépez y maderistas como Guillermo Latorre y Sergio Guarderas, en el Perú con la escuela encabezada por José Sabogal e integrada principalmente por la Codesido, y por Camilo Blas, y finalmente, en Bolivia, con Guzmán de Rojas, no debemos interpretar la exis-

(8) Hasta en Franz Tamayo, un indigenista indiscutible, predomina una dedicación a problemas que no son autóctonos. Véase con tal motivo sus publicaciones.